

derna habia quitado al gefe de familia el derecho de vida y de muerte sobre sus hijos.

La sociedad laica posee hoy mas justicia que la Iglesia. Esta es la razon por qué su derecho civil y político se ha constituido independiente del derecho canónico.

La sociedad laica posee hoy mas verdades que la Iglesia. Esta es la razon por la que su enseñanza debe constituirse independientemente de la instruccion clerical.

La pretension de las castas sacerdotales ha sido siempre de ser ellas solas capaces de dar un fundamento á las instituciones civiles y políticas. Vedlas en todas partes á donde han sido dueñas absolutas, entre los Indochinos como en los Estados romanos. Mientras reinan, cada detalle del Estado civil, la administracion, la policia misma, son cosas sagradas; en la teocracia de Moisés, el menor reglamento de higiene, de agricultura, emana de la sabiduría de arriba. Toda ordenanza del sacerdote es de institucion divina; el pensamiento del cielo circula en todo el cuerpo de las leyes.

Tan luego como la sociedad laica se emancipa del gobierno sacerdotal, se ve obligada á romper toda relacion con el órden eterno. Las mismas leyes que antes estaban llenas de Dios, no son ya sino caprichos del acaso. Un estado que se llamaba de institucion divina, se le proclama ateo desde que no tiene necesidad del sacerdote. Ayer era la sabiduría eterna, manifiesta, escrita en las leyes. Hoy es un ciego que rechaza á su guía. Nada sabe y nada ve. Separado del sacerdote ¿qué le queda que enseñar? Ni siquiera la sabiduría que la hormiga enseña á la hormiga.

Si la sociedad sin el sacerdote, no cree en la justicia, ¿por qué trata de siglo en siglo de aproximarse á ella en el desarrollo de su derecho? Si no cree en la verdad, ¿por qué la busca en la ciencia? Si no cree en el órden, ¿por qué lo busca en la serie de sus instituciones y de sus revoluciones?

Justicia, verdad, órden absoluta, ¿qué es todo esto sino la fuente eterna de las ideas divinas, es decir, *la esencia del bien sobre el cual se arreglan las costumbres del Estado?* Ese Dios del órden, de la justicia; ese géometra eterno que descende por grados al fondo de las leyes de todo pueblo civilizado, no es el que agrada á las castas sacerdotales. Ellas lo quieren zeloso, irritado, lleno de preferencias, amenazador. Donde no reconocen la fisonomía de un dios sacerdote, no ven mas que ateismo. ¿Es esta razon para determinar que una sociedad no contiene principio alguno fuera de su Iglesia, ninguna enseñanza moral fuera de su clero, y que se extingue toda luz que no se enciende en el altar?

Se repite incesantemente que la sociedad laica no tiene principio alguno, y que por consiguiente nada tiene que enseñar. Es preciso reconocer, al menos, que ella puede mejor que ninguna otra, enseñarse á sí misma, y hé aquí precisamente de lo que se trata en la enseñanza laica.

En cuanto á mí, siempre he pretendido que ella posee un principio, que solo ella se halla en estado de profesar, y es sobre este principio que está fundado su derecho absoluto de enseñanza en materia civil. Lo que hace el fondo de esta sociedad, lo que la hace posible, lo que la impide descomponerse, es precisamente un punto que no puede ser enseñado con la misma autoridad por ninguno de los cultos oficiales. Esta sociedad vive por el principio del amor de los ciudadanos de unos hácia otros, independientemente de sus creencias.

Pero decidme, ¿quién profesará no solamente con palabras sino con acciones esta doctrina que es el pan de vida del mundo moderno? ¿Quién enseñará al católico la fraternidad con el judío? ¿Es aquel que por su misma creencia está obligado á maldecir la creencia judía? ¿Quién enseñará á Lutero el amor del papista? ¿Es Lutero? ¿Quién enseñará al papista el amor de Lutero? ¿Es el Papa? Y sin embargo, es necesario que esos tres ó cuatro mundos, cuya fé

es execrarse mutuamente, se reúnan en una misma amistad. ¿Quién hará este milagro? ¿Quién reunirá tres enemigos encarnizados, irreconciliables? Evidentemente en principio superior y más universal. Ese principio que no es el de ninguna Iglesia, hé aquí la piedra fundamental de la enseñanza laica.

No digais que esta es una idea salida de la turbación de las últimas discusiones. Hará bien pronto diez años que en respuesta al señor arzobispo de París, escribía lo que sigue:

“Los que dividen son los que quieren que cada secta, cada Iglesia, sea un mundo separado y cerrado para siempre sin ningún contacto de educación con lo que más se le aproxima, que las generaciones nuevas no se encuentren en ninguna parte en un símbolo común, que los hombres desde la cuna hasta el sepulcro pasan unos al lado de otros sin tocarse ni reconocerse, y que haya en la Francia muchas Francias inconciliables entre sí, y de las que una aprenda á lanzar eternamente entredicho á todas las demás.

“Los que unen y edifican son los que, respetando las Iglesias particulares, creen que ellas están contenidas en una Iglesia más comprensiva que es el cristianismo; que desde entonces, lejos de secuestrar sistemáticamente cada creencia, envenando así, y exagerando frecuentemente los puntos de litigio, es bueno aproximar, al menos por un momento, en un símbolo común de educación las inteligencias destinadas á formar una sola y misma sociedad. Ellos unen, aproximando cultos hermanos; edifican tendiendo por un movimiento continuo del alma cristiana, á la asociación de los espíritus en la ciudad prometida. Evidentemente, el Estado que se coloca bajo este punto de vista en su constitución, está más cerca de la Iglesia universal que no lo está el ultramontanismo, no hablando nunca más que de secuestro, de separación y de aislamiento.

“Preguntais, ¿qué misión moral puede el Estado, suponiéndolo bien ordenado, desempeñar en la edu-

cación? vosotros mismos formais la respuesta, cuando decís una cosa bien grave en efecto, que cada secta, cada religión posee una enseñanza moral que forma un *cuerpo de doctrina muy diferente*. Entre estas morales particulares yo pregunto á mi vez, ¿quién mostrará los lazos de las unas y de las otras? ¿quién decidirá? Sin duda que no puede hacerlo ninguna secta. ¿Formareis, pues, en la sociedad tantas conciencias diferentes como comuniones separadas existen? Es á lo que sería preciso llegar adoptando todo el sentido de vuestras palabras.

Bajo estas enseñanzas diferentes hay una moral social sobre la que descansa la vida nueva. En la situación actual, cada secta, cada Iglesia, teniendo una enseñanza distinta, se sigue de aquí evidentemente la necesidad de una educación pública que ligando las educaciones particulares, acabe de ligar y coordinar en la conciencia general doctrinas diferentes. El argumento decisivo para la intervención del Estado en materia de educación, se deducirá siempre del principio que acabais de presentar para combatirla.

“Porque no basta tolerarse unos á otros; es necesario además, estar recíprocamente de acuerdo. ¿Pero, quien enseñará al católico el amor del protestante? ¿Será el mismo que inculca el horror del dogma protestante? De buena fé, ¿podeis desarrollar en otro el sentimiento íntimo de los derechos y de la dignidad del Israelita, vosotros los que en el reino de que sois dueños acabais de proscribir toda *relación amistosa* entre el judío y el cristiano? ¿podría profesar respeto hácia aquellos á quienes anatematizais? ¿podeis desarrollar el sentimiento de fraternidad religiosa que es el alma de la sociedad en que vivimos?

“Tan poco lo podeis, que este principio enteramente nuevo de la vida social, no existe á vuestros ojos; pues que no estableceis siquiera la cuestión que de él se deriva. Es bastante para vos mantener las comuniones en un aislamiento profundo. La idea de

establecer una relacion entre unas y otras no parece ocuparos una sola vez; y sin embargo, allí está toda la dificultad del problema. Reconoced, pues, que quedando en los terminos en que os encerrais, hay toda una parte del hombre moderno que se os escapa.

“Entre cultos en lo sucesivo iguales, hay necesidad de una intervencion espiritual que atraiga á la paz, á les que todo inclina á la guerra y las sectas, las iglesias separadas, confesando su impotencia para la conciliacion, volvemos por todos los caminos á esta consecuencia: que es necesario buscar fuera de ellas la enseñanza de esta moral social, sin la cual habria en lo futuro católicos, disidentes, filósofos, es decir, partidos, sectas y nada de Francia.”

¿Queréis emancipar la enseñanza laica? Atreveos á afirmar lo que tres siglos han afirmado antes que vosotros, que ella se basta á sí misma, que ella misma es creencia y ciencia. Ninguna medida fiscal, material, administrativa, puede dispensarla de este acto de fé.

¿Cómo se ha constituido la ciencia moderna? Separándola de la ciencia de la Iglesia. ¿El derecho civil? Separándolo del derecho canónico. ¿La constitucion política? Separándola de la religion de Estado. Todos los elementos de la sociabilidad moderna se han desarrollado emancipándose de las iglesias. Queda por ordenar el mas importante de todos, la educacion. Por una consecuencia que se deduce de todo lo que precede, ¿no es claro que no puede ser arreglada sino á condicion de quedar plenamente separada de la educacion eclesiástica?

¡Pero qué! ¿me proponéis no hacer dar ninguna instruccion religiosa á mi hijo! ¿Eh! ¿quién os dice tal cosa? ¿Quién os impide escoger, al salir de la escuela, el dogma particular en que querais hacerlo educar? Lo único que yo pretendo es que la mezcla de la escuela y de la iglesia os conduce á contradicciones en las que la libertad es imposible.

Yo querria que el sacerdote tuviese su imperio en su Iglesia; pero que esta soberanía no pudiese en

ningun caso estenderse fuera de aquella, porque el problema es este: Hacer que la libertad del sacerdote católico no se vuelva la servidumbre de todos.

El que ejerce el poder sacerdotal en nombre de una casta, ¿puede ejercer regularmente el poder civil, á menos que no se entre en el camino de la teocracia? ¿El obispo seria prefecto? ¿El cura sería alcalde? ¿El que acusa puede al mismo tiempo ser juez? ¿Cómo, pues, aquel que en nombre de la edad media hace el proceso del espíritu moderno, puede estar al mismo tiempo encargado de difundir y de enseñar este espíritu?

Ha sucedido algunas veces que hombres que habian establecido principios filosóficos en el recogimiento de la soledad, han visto sus máximas desmentidas por los hechos desde que se han acercado á los negocios, y la esperiencia los ha obligado á cambiar. En cuanto á mí, tengo al menos la débil y triste ventaja de que, sorprendido en medio de la especulacion filosófica por una revolucion, y obligado por acontecimientos repentinos á estar mezclado de cerca en los negocios públicos, no se ha verificado un solo hecho á mi vista que no me haya confirmado la verdad de todo lo que habia enunciado, sostenido, defendiendo por la palabra y por la pluma.

¡No! en estos dos últimos años tan llenos de instrucciones para los que saben leer en las cosas, ni un solo dia se ha pasado sin arraigar en mí cada una de las palabras que en otro tiempo han caido de mi conciencia. Y si en algun lugar lejano se encuentra alguna persona de una edad mas madura hoy, que no haya perdido la memoria de lo que yo recuerdo aquí, ¿pueda esta declaracion llegar hasta ella!

¿Dónde están todos aquellos que en el tiempo de que yo hablo no formaban mas que un solo espíritu? ¿Los que se unian entonces en un mismo pensamiento, con el ardiente entusiasmo de la juventud, están separados?

¿Han caído otros en la indiferencia de lo que les parecía la sola cosa importante? ¿Se acuerdan algunos de lo que hemos pensado juntos? Debo á todos esta declaracion, que lo que yo tenia entonces por verdadero, lo tengo hoy por evidente; que el fantasma que aparecia en las horas de la juventud, es el buen génio de la verdad, que la salvacion de la Francia está en la vía en que habiamos comenzado á entrar. Sepamos, pues, perseverar en ella.

XV.

QUE ES NECESARIO EDUCAR UN SALVADOR.

Lo que mas importa es revivir la chispa del hogar doméstico. El padre no cree ya, la madre cree todavía con fervor. Oscilando entre estas dos autoridades contrarias, ¿qué será del hijo? Durante mucho tiempo ignora si cree ó si duda. ¿Qué turbacion para este espíritu que al despertarse, vé á la vez abrirse y cerrarse un infinito! nace en los confines de dos mundos, y no sabe en cuál entrar. Al fin se hace la division. El hijo sigue al padre en la duda; la hija sigue á la madre en la fé. Los corazones se dividen, se enagenan mas y mas: ¿quién los reunirá? ¡Feliz el hijo, si lastimado del divorcio moral del padre y de la madre, no finge dudar con uno y creer con la otra! Hipocresía y escepticismo desde la cuna. Esto seria demasiado. No comencéis la vida humana por la decrepitud.

En ningun tiempo tuvo la educacion un objeto tan grande que proponerse, y nunca debió la infancia ser mas respetada que en nuestros dias; porque ella sola posee aún el espíritu de paz que falta á este hogar, á esta sociedad dividida.

¿Qué esperamos? ¿Y quién nos reconciliará si no es aquel que no ha vivido aun de nuestra vida? En cuanto á nosotros, nuestros corazones se han alimentado demasiado con el veneno de las luchas sociales. Solo sabemos odiarnos intensamente; hemos

perdido la facultad de amar. ¿Quién nos la volverá?

¿Qué nos queda que enseñarnos, que decirnos unos á otros? Nada. No podemos ya ni persuadirnos, ni apaciguarnos mutuamente. Nuestros lábios no pueden ya mas que maldecir, nuestras palabras no sirven mas que para herirnos y para avivar nuestras propias heridas; á decir verdad, estamos muertos los unos para los otros estando muertos á la esperanza de convencernos los unos á los otros. Por lo mismo, si el universo moral no debe abismarse en el caos, es preciso que un vestigio del antiguo amor que hizo al mundo se conserve en alguna parte. ¿Dónde sobrevivirá esta llama creadora? ¿Dónde buscar la armonía de los elementos, sino en esa cuna que flota con serenidad al traves de la tempestad social?

¿Dónde encontrar un resto de amor si no es en esos ojos que acaban de abrirse á la luz y que nada han visto todavía de lo que nosotros vemos?

¿Qué lengua nos hablará, nos convencerá sino la lengua que nada ha dicho todavía? ¡Escribas, doctores de la ley, ceded el puesto al niño en el recinto del templo! ¡Escuchad! él os enseña lo que vosotros jamás conoceréis, ¡la paz!

A pesar de esto, creéis todo arruinado si perdeis un momento en hacer bajar á ese corazon que acaba de nacer, la guerra, la horrible guerra que es el germen de todas las otras, la de las discordias religiosas. Él sale del amplio seno de la verdad para daros testimonio de ella; y vosotros nada creéis mas urgente que el enmantillarlo en los odios, en las preocupaciones, en las sectas de los Fariseos ó de los Saduceos.

¿Qué sucederia si se comenzase por hacerlo nacer á la vida social, en medio de todo lo que habla de union entre los hombres, es decir, en medio de los principios comunes á todas las sociedades, si se le alimentase desde luego con esa leche fortificadora de que se alimenta la humanidad entera? No co-